

CULPABLES

Álvaro Toca Oteo

Europa. Francia. 2 de marzo

Era miércoles. El día había amanecido gris, pero eso no importaba a Theo. Hoy era el cumpleaños de su hijo André. Theo iba con calma, el cumpleaños era en Chartres, que estaba a varias horas de su casa, y él había llegado enormemente pronto. Theo se dio cuenta que no tenía nada planeado para gastar esas horas. Ningún lugar al que ir. Miró el móvil en busca de quemar las horas. Sin batería.

Theo se quedó pensativo, por primera vez en mucho tiempo no tenía ninguna meta a corto plazo: ningún jefe le necesitaba, tampoco había ninguna familia que atender y sobre la que ejercer su rol de padre, ningún amigo cerca con el que socializar, ningún plan de ruta turística para ver la ciudad... nada. Theo se dio entonces cuenta, ¿hace cuánto que no tenía verdadero tiempo libre? ¿Hace cuánto que no estaba él verdaderamente solo con sus pensamientos, sin ningún móvil ni red social que interfiriese, sin ningún trabajo que hacer para la empresa, sin ningún amigo con el que hablar para evadirse ni ningún miembro de la familia que le distrajese?

Desde hace mucho tiempo.

Entonces Theo miró a su alrededor y comenzó a observar, a observar como no había hecho hace mucho tiempo. Estaba estático, en medio de mares de gente que se desplazaban uniformes al mismo ritmo, con la mirada perdida o sumergida en sus teléfonos pseudo-inteligentes.

Otros se desplazaban con sus trajes corporativos a paso rápido, mientras discutían por el móvil, los cláxones chirriaban, la gente hablaba extraordinariamente alto...

Y entonces, Theo comenzó a andar en silencio entre el ruido de la calle, a mirar donde otros solo veían. Miró al indigente que pedía en la calle, nunca se había fijado hasta ese momento en los rasgos de su cara, en cómo reflejaban todos los calvarios por los que había debido pasar.

Theo vio como en esta sociedad, por tratar de marcar la diferencia individual, predomina la indiferencia general, por tratar de aprovechar y exprimir el tiempo, se termina por no vivir ni sentir. Por tratar de llegar a la meta, se perdía el camino.

Theo seguía avanzando lentamente, se fijaba en como los rayos de sol atravesaban las entrecalles, en como las palomas comían las migajas de pan que un jubilado les ofrecía. Theo se detuvo un momento y se quedó mirándolas fijamente. De pronto, echaron a volar. Theo estaba ahora en el suelo. Sus oídos pitaban. Su vista se había tornado borrosa y sentía como un líquido cálido bajaba por su cara. ¿Qué había pasado? Daba igual, sintió que las fuerzas le fallaban, vio a lo lejos como las palomas volaban confundándose con el sol que antes bañaba las calles. Estaba enfadado, sabía que ya nunca volvería a ver a su hijo, pero el sueño le podía. Volvió a pensar en su familia, en sus amigos. Una sonrisa se esbozó en su cara. Theo cerró los ojos.

Un terrorista se había inmolado a unos metros de Theo, del jubilado y de la marea de gente que se iba a su trabajo. Los muertos superaban la centena.

Europa. Francia. 5 de Enero

André seguía inmensamente dolorido por la muerte de su padre Theo. ¿Por qué alguien haría algo así? Se preguntaba una y otra vez. ¿Por qué alguien mataría a otras personas, a personas buenas como su padre? No lo entendía.

La televisión amarilla se saciaba cada día con datos morbosos sobre el atentado y las víctimas.

Los muertos venden. Si encendía la televisión tenía miedo de encontrar el rostro de su padre entre los fallecidos. Es para concienciar a la población, decían; es solo para vender, pensaba. Luego llegó el volver a clase. No tenía ganas de hablar con nadie, trato de pasar desapercibido, como un fantasma. Fracaso. En la cafetería se encontró con sus amigos y se produjo así una charla sobre temas que le parecían totalmente banales, le ofrecieron quedar el viernes para dar un paseo, lo rechazó. Él solo pensaba en su padre, quería estar solo.

De pronto su oído captó una conversación que proveía de la mesa a sus espaldas, hablaban sobre el atentado.

- El atentado ha sido sin lugar a dudas producto de un loco, de un asesino –clamaba un chico.

- ¡No! En absoluto, te equivocas, el atentado ha sido consecuencia de las políticas imperialistas llevadas a cabo por nuestros gobiernos en territorios árabes –espetaba su compañero.

- ¿Quieres decir que el atentado es culpa de nuestros gobiernos?
–respondía el otro chico.

- No, no solo eso. No solo es culpa de nuestros gobiernos sino también de los que han legitimado a esos gobiernos, es decir, los ciudadanos, los mismos que compran juguetes a sus hijos los días de

navidad o van a la guardería a buscar a sus hijos con una sonrisa. Son cómplices de asesinos, lo que les convierte en culpables.

- Nicolás, ¿crees también entonces que las víctimas eran culpables del propio atentado?

-No solo creo, sino que lo sé –sentenció el joven.

A André le empezaron a entrar nauseas. ¿Cómo podía alguien decir algo así? Su padre era la víctima, no el verdugo, ¿acaso el mundo estaba loco?

Los jóvenes continuaban con su charla y a medida que hablaban aumentaba el tono. André no podía seguir, su padre era un buen hombre, miró la salida, solo quería irse. Pero la charla seguía.

- Esa hipocresía occidental de...

- Cállate, gilipollas.

De pronto una voz seca y fuerte había interrumpido a los jóvenes. André miro de dónde provenía la voz. Un joven de aspecto atlético se dirigió decidido hacia los jóvenes. La cafetería quedó en silencio.

-Nos atacan en nuestro propio país, nuestra tierra se tiñe de la sangre de los nuestros, de nuestros hermanos. Y tú, tú te atreves a decir que los culpables somos nosotros y no ellos. Que el culpable es el niño o la madre muerta en el atentado y no el hombre que se inmoló –continuó el joven, que iba adquiriendo cada vez más firmeza en la voz según avanzaba en su discurso–. Si nos atacan es porque somos débiles, débiles por culpa de gente como tú, que cuando tenemos que estar unidos, que cuando tenemos que estar todos juntos como una roca para defendernos, se dedica a dividirnos y criminalizarnos. La vergüenza es una virtud que tú no tienes –sentenció el desconocido.

La sala quedo aún más muda, los jóvenes no se atrevieron a responder. André se quedó conmocionado, ¿quién era aquel joven? Tenía que saberlo.

André se levantó y fue hacia él. Le estrechó la mano.

- Hola, me llamo André, lo que le has dicho a aquellos chicos,...yo...yo, gracias.

- No, gracias a ti. No me gusta callarme ante las injusticias ni las faltas contra los muertos, me llamo Damián. ¿Sabes qué, André? Tengo un rato libre, ¿te apetece dar un paseo conmigo?

Ese día André estaba ocupado, pero sin saber por qué le dijo que sí. Tenían más en común de lo que creían, el padre de Damián también había muerto en el atentado. Tras hablar un rato más, sonó la campana. Damián se despidió tendiéndole la mano a André. Este aceptó el apretón de manos.

Amanecía otro día otoñal. El gris se esparcía por las calles, las aceras, entrando esa trémula luz vacía de fuerzas por las ventanas de la casa de André. La casa parecía haberse tornado vacía sin la presencia de su padre. André se levantaba de la cama al sofá, del sofá a la cama. Era difícil distinguirlo de un sonámbulo, solo vivía en sus pensamientos. Seguía preguntándose por qué alguien se inmolaría. André gastaba y consumía las horas del día en Internet, aburrido, melancólico trataba de no pensar en su padre, en su muerte, en su asesinato. Aburrido puso la televisión. Habían identificado al terrorista gracias a los restos de su DNI. Era un joven de origen sirio, musulmán. Se llamaba Mohamed, tenía 24 años. La misma edad que André.

Le invadió una fuerte tristeza. Era como si algo le estuviese aplastando. Durante varias horas esto mirando a la pared, con la mirada perdida y meditando. ¿Por qué?

Horas después miro el móvil, Damián le había enviado una solicitud de amistad. Aceptó. Miro su perfil. Estaba plagado de datos y noticias sobre que un grupo de refugiados sirios iban a ser trasladados a Francia. Damián argumentaba que eran terroristas que venían a socavar nuestros derechos humanos y nuestras libertades y valores. André abrió el chat y le pregunto por qué opinaba así de los refugiados. Damián le contó que era una injusticia y un atraco a la decencia y sentido común que mientras que los franceses de a pie, de la calle, sufrían miseria y pobreza, los refugiados recibían ayudas estatales y se les concedía vivienda. Damián aseguró también que entre los refugiados había terroristas infiltrados, como el que mato a su padre.

André escuchó, las palabras de Damián le embelesaban, calaban dentro de él. Damián le propuso quedar al día siguiente, tenía una sorpresa para él.

Llego el viernes. André fue al punto señalado, a los cinco minutos apareció Damián con su grupo de amigos. Portaban carteles.

-André, vamos a hacer justicia. Que todos se enteren de quienes son estos refugiados.

Damián observó los carteles, en ellos se podían ver consignas como “Stop islam”, “Refugiados, lobos con piel de cordero” o “Europa, únete y lucha”.

Comenzaron a pegar los carteles, mientras Damián daba una charla dialéctica a sus compañeros.

- Sí, los refugiados vienen a quitarnos el trabajo, vienen a quitar el trabajo a tu padre, Bastien, a tu madre, Pierre. Y no solo eso, si no que suponen un problema para los valores occidentales, son machistas, ya vemos como obligan a las mujeres a usar el velo, fuertemente religiosos frente a la laicidad que defendemos, intolerantes... Son una lacra para esta sociedad, para Europa y para los derechos humanos. Son prescindibles para la civilización, son barbarie.

Mientras seguían pegando los carteles, pasó una mujer musulmana con *hiyab*. Damián la vio.

- ¡Eh tú, si tú! ¡Ven aquí! –le gritó con rabia.

La mujer giró la cabeza nerviosa y comenzó a andar rápidamente, pero no lo suficiente. Damián, que era más rápido, se plantó frente a ella.

- ¿Por qué vendes tan barata tu libertad? ¿Por qué te sometes a tu marido? ¿Por qué? –le gritó Damián.

La mujer trataba de zafarse de él, pero Damián la cogió de los brazos.

-¡Contéstame! ¿No ves que te estoy hablando? ¿Por qué renuncias a tu libertad poniéndote ese velo?

La mujer lloraba.

-Yo no me someto a nadie, llevo el *hiyab* porque yo quiero, es la tradición de mi familia, de mis ancestros –dijo la mujer entre sollozos.

- ¡No me mientas! ¡No me mientas! Sé que os obligan a llevarlo, tus tradiciones ¿eh? Ahora estás en Francia, país de la

libertad, aquí no aceptamos a los que no la abrazan. Demuestra que amas la libertad y tira ese velo al suelo. ¡Tíralo!

La mujer solo lloraba, pero entre sus sollozos se escaparon unas palabras.

- No, yo amo mi libertad y por eso llevo el velo.

Damián le propinó un fuerte tortazo que la derribó y le volvió a repetir que por la libertad tirase el velo.

La mujer se dio la vuelta y miró a los ojos a Damián. Se puso seria y le dijo:

-No te tengo miedo, mi libertad es más valiosa que tu odio.

Se hizo el silencio. Damián armó el brazo para golpearla de nuevo.

Una voz llenó el hueco del silencio

-¡Alto! ¡Qué demonios creéis que estáis haciendo!

Un hombre de rasgos árabes apareció y se interpuso entre Damián y la chica. Extendió sus brazos a modo de protección. El grupo se puso en posición de ataque.

- ¿Acaso habéis perdido la cabeza? ¿Quiénes os creéis para implantar vuestra voluntad a base de violencia? ¿Quién os ha dado la potestad de juzgar lo que está bien y mal?

Un miembro del grupo le interrumpió:

- ¿De dónde eres?

El joven, ligeramente descolocado respondió:

–Me llamo Hamid Saada y aunque de nacimiento soy sirio, de corazón soy humano igual que tú y que ella. Vengo huyendo de la tiranía y no voy a seguir haciéndolo, a los pequeños tiranos como vosotros hay que plantarlos cara.

- ¿Cómo coño osas llamarnos tiranos, maldito terrorista? Vienes aquí a quitarnos el trabajo, a robaros nuestras casas y nuestro dinero, a poner bombas y matar a nuestro país desde dentro y encima tienes la poca decencia de insultarnos. André, este hombre es igual que el que mató a tu padre ¿sabes por qué se inmoló? Por su religión André, porque la quieren imponer a todos por la fuerza y no debemos permitirlo. Él, André, es el asesino de tu padre.

- ¡A por él! - gritó uno de los amigos de Damián.

El grupo envolvió a Hamid Saada y a la mujer en golpes. André miraba desde fuera sin saber qué hacer, pero la rabia le envolvió de nuevo como había ocurrido cuando vio al asesino de su padre, se imaginó que el terrorista era Hamed... André se acercó para propinar de patadas a los cuerpos que se protegían como podían, pero tras dar el primer puntapié, recordó a su padre.

¿Era esto lo que le había enseñado?

– Damián, basta. Hacerles daño no va devolverte a tu padre. No sirve de nada, para.

Se detuvieron y miraron incrédulos a André.

- Se trata de justicia André - respondió Damián.

-¿Justicia? ¿Es justicia apalear gente indefensa por ser distinta a ti? - le espetó André.

- Lo hacemos en pos de la libertad ¿o acaso se te ha olvidado? Estamos aquí para proteger la democracia. La religión representa la esclavitud del hombre, su sumisión. Solo queríamos que se liberase de sus cadenas.

- ¿Acaso podemos extender nuestra voluntad de “libertad” por la fuerza a todos los que no piensen como nosotros? ¿Cómo es posible que nosotros luchemos por lo correcto y los “malos” por lo incorrecto, acaso no piensan ellos lo mismo? ¿En que nos diferenciaríamos de ellos si usamos la fuerza para convencer, si usamos sus mismos medios para alcanzar otro fin que, al igual que el suyo, es superior a la vida de los individuos? ¿Por qué nosotros estamos legitimados y ellos no? ¿Por qué es una locura que Dios les ordene a ellos su bien superior pero no que a nosotros nos lo ordene la democracia o la razón? Hoy estoy viendo como nuestro sueño de la razón se ha convertido en monstruo. Solo somos todos títeres de intereses ajenos a nosotros, soldados de una guerra que no es la nuestra. Mientras haya más gente peleando por la guerra que por la paz no cambiará nada, Damián....

Damián le propinó un fuerte puñetazo en la cara a André, que le dejó sin conocimiento.

-Solo eres otro hombre relativista producto de esta sociedad posmoderna, si por algo occidente obtuvo la supremacía no fue por la defensa férrea de la paz o de la justicia, si no que occidente obtuvo la supremacía frente al reto del mundo porque supo aplicar con superioridad la violencia de forma organizada. No lo olvides.

Siria. 12 de marzo

Ahmed Saada miraba por la ventana. Calor, hacía mucho calor. Sin embargo el polvo de los escombros no permitía ver el sofocante sol. Ahmed miro a su alrededor, cada ruina simbolizaba horror, barbarie, muerte. Pensó en su hermano Hamid, partió hacia Europa, ahora estaba en la civilización, a salvo de la guerra, del odio por el odio, de la muerte. Le imagino abrazando las libertades, cálido en su casa junto a amigos.

Hamid había viajado a Europa en cuanto pudo, en busca de oportunidades y libertad. Ahmed no tenía tanta suerte, se quedó atrapado en la ciudad y perdió todo el dinero. Aun en guerra, el dinero seguía mandando. Hacer la ruta hacia Europa era un lujo que no todos se podían permitir. Hace un par de días la ciudad había sido tomada por los rebeldes que se autodenominaban como Estado Islámico, habían prohibido todo lo que era inmoral: cantar, bailar, jugar...etc.

Ahmed se recostó en la cama y trato de dormir, las bombas se oían silbar al fondo. Por más que caían las bombas, Ahmed no se había acostumbrado a ellas todavía y pensaba que nunca lo haría. Se tumbaba debajo de la cama por la ingenua idea de que eso le haría estar más protegido en caso de que cayese una cerca. Cuando se aproximaban, Ahmed desafiaba la ley y cantaba en bajo las canciones que su madre le había enseñado cuando era pequeño. Eso le tranquilizaba. En las noches que podía dormir, echaba de menos a su madre fallecida, a su hermano que había partido a Europa y a su padre que estaba luchando contra los invasores de la ciudad. Pero el sueño más recurrente y el deseo que más sentía, es que las bombas dejaran de caer y las armas callasen de una vez por todas.

Europa. Francia. 14 de marzo

André estaba en su cuarto, aun le dolía la cara del puñetazo. Se había enterado que el gobierno había autorizado el bombardeo contra los terroristas en Siria. Damián se había alistado. Ya habían ocurrido las primeras bajas civiles. Daños colaterales en pos de un bien superior, como lo fue mi padre en esta guerra que a cada día que pasa se siente menos nuestra, y más de otros. Se preguntaba que llevaría a alguien a matar a otra persona, como era posible que un joven sirio de mi edad se inmolase por un bien superior y le arrancase la vida a decenas de inocente, entre ellas, la de mi padre. Mi pregunta fue respondida el día en que propiné a aquellas personas esa patada, el día en que vi el fuego del odio en los ojos de Damián mientras les golpeaba. Ojala algún día los humanos trabajemos por la paz en vez de por la guerra, construyamos puentes entre miradas y no fuego entre corazones.

André miró por la ventana. Llovía, pero amanecía. André pensó que, como el día y la noche, la historia de las guerras parecía seguir un bucle de venganzas y odios infinitos. La lluvia golpeaba los cristales con fuerza. André se fijó que en frente de su casa habían habilitado un edificio para acoger a las familias de los refugiados que huían del horror. Debido a los incidentes de agresiones, habían puesto rejas en las ventanas. André se quedó mirándolas, entonces pensó en el futuro. Para él, el futuro iba camino de ser parecido al presente, pero cada vez con más rejas en las ventanas.

Siria. 14 de marzo

Era miércoles. El día había amanecido sofocador. Pero eso no importaba a Abban. Hoy era el cumpleaños de su hijo Ahmed y si todo iba bien, hoy estaría con él para celebrarlo. En un par de horas llegarían a la ciudad y el ejército enemigo estaba de retirada. Ahora

estaban pertrechándose con las armas que habían dejado estos al retirarse.

Parado junto a aquel tanque enemigo, se dio cuenta de que ya no tendría que preocuparse más por batallar para estar junto a su hijo, la ayuda internacional era un auténtico soplo de aire fresco. Abban se alejó un poco y sentó en la cálida arena. Todos iban con prisa, todos gritaban de euforia, su entusiasmo estaba por dentro.

Una lágrima cayó al suelo, era suya. Por fin podría volver a abrazar a su hijo. Miro el cielo, el sol radiaba y lucía en todo su esplendor, dio las gracias al señor. Al lado del sol vio lo que parecía ser una estrella, ¿qué era eso? Abban, se quedó mirándola, antes de que pudiese reaccionar estaba en el suelo boca arriba.

Sus oídos pitaban, su vista estaba borrosa. Tenía tierra y sangre en la cara. Sabía qué había pasado, sabía cuál era su destino. Escupió sangre. Miro de nuevo al sol en todo su apogeo, en él vio a su hijo Ahmed. Esperaba que le perdonase el no poder estar con él el día de su cumpleaños. Extendió la mano para poder acariciarle. Abban sonrió. Lo que parecía ser una estrella empezaba a caer del cielo de nuevo.

Un dron dirigido por Damián había cometido un error de identificación y había bombardeado a los soldados que el gobierno francés apoyaba, ya que les confundo con ISIS. Hubo decenas de muertos.

¿Después del día volvería a venir la noche?